



HARRY SIDEBOTTOM

EL TRONO DEL CÉSAR

SANGRE Y HONOR



ESPASA

HARRY SIDEBOTTOM

EL TRONO DEL CÉSAR.
SANGRE Y HONOR

Traducción de Julio Hermoso


ESPASA

Título original: *Blood and Steel*

© Ballista Warrior of Rome Limited, 2016

© por la traducción, Julio Hermoso, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© de los mapas del interior: John Gilkes, 2015

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-670-5905-2

Depósito legal: B. 2.911-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



ROMA
MONTE PALATINO, EL DÍA PREVIO
A LAS NONAS DE MARZO, 238 D. C.

Aún estaba oscuro. Al prefecto pretoriano le gustaba pasear por los jardines imperiales antes del amanecer. No iba acompañado de ningún asistente, ni llevaba antorcha alguna. Era un momento de calma y de soledad, un tiempo para la reflexión antes de los deberes de la jornada, esos que siempre parecían extenderse como un viaje molesto sin un final aparente.

Vitaliano pensaba con frecuencia en su retiro, en vivir tranquilo en el campo con su mujer y sus hijas. Se imaginaba la casa en Etruria. La vía Aurelia y la ajetreada aldea de Telamón, con su mercado, sólo estaban a unos cinco kilómetros al otro lado de la colina, pero bien podrían haber pertenecido a otros pueblos o a otros tiempos. Era una villa que se asomaba al mar, entre la costa y las pendientes de bancales. La había construido su abuelo, y Vitaliano le había añadido dos alas nuevas y unas termas. La finca se extendía ahora tierra adentro a lo lar-

go de ambas márgenes del Umbro. Un lugar ideal al que retirarse, para leer y escribir, apreciar las vistas, pasar tiempo con su mujer y disfrutar de la compañía de sus hijas en esos últimos años antes de que las chicas se casaran. Para un hombre, no había un lugar mejor donde liberarse de las preocupaciones del cargo.

Sin duda, Vitaliano se había ganado su descanso. Había tenido una extensa carrera —había estado al mando de una cohorte auxiliar en Britania, había sido tribuno legionario con la tercera augusta en África, prefecto de una unidad de caballería en Germania, procurador de las finanzas imperiales en Cirenaica, cuatro años con la caballería mora, liderándola durante toda la campaña del este y después hasta el Rin—, décadas de servicio a lo largo y ancho del imperio. Ya no era joven, había dejado atrás los cincuenta, y necesitaba descansar. Pero el deber aún lo reclamaba, y las ampliaciones y mejoras de su patrimonio le habían costado caras. Con el estipendio y demás ganancias de otros tres o quizá cuatro años como prefecto pretoriano, podría darlo por terminado.

El mármol blanco que delimitaba los senderos brillaba en la oscuridad. Las formas cuadradas de los setos, esculpidos con tanto ingenio, y los árboles frutales eran unas siluetas negras indefinidas, los plataneros y las hiedras que los unían formaban un muro de negrura. El hipódromo estaba en silencio, tan sólo se oía el arroyuelo de agua de las fuentes; costaba creer que se hallase en el corazón de una ciudad que cobijaba a un millón de habitantes. Vitaliano se alegraba de haber retirado las pajareras del anterior emperador. El murmullo y el movimiento de las aves —¿de verdad eran veinte mil las que había?— perturbaba sus paseos de madrugada. Qué tí-

pico de Alejandro dedicar el tiempo a dictar declaraciones imperiales sobre aquellas aves, la gazmoñería de jactarse de que la venta de los huevos financiaba su colección e incluso generaba unos modestos ingresos mientras su madre robaba verdaderas fortunas del tesoro, los persas invadían grandes franjas en el territorio de Oriente y las tribus germanas incendiaban las provincias del norte. Vitaliano no había formado parte de la trama, pero Alejandro estaba mejor muerto.

Vitaliano se detuvo junto a la ninfa de mármol y, con aire distraído, le pasó los dedos por la superficie lisa del muslo. Era capaz de recorrer con los ojos vendados aquellos senderos tan sinuosos. Sus pensamientos seguían su propio camino. Salido del grueso de las tropas, Maximino podría ser un hombre inculto, incluso vulgar y violento, pero era mejor emperador que quien lo había precedido. Al menos el Tracio sabía combatir; durante los tres últimos años, no había hecho sino estar en campaña más allá del Rin y del Danubio. Vitaliano le había sacado un buen partido al régimen, en primera instancia con un ascenso a gobernador de Mauritania Cesariense y después como prefecto pretoriano en funciones. Era un logro destacado para un équite surgido de un lugar dejado de la mano de los dioses en la península itálica, un hombre con pocos partidarios de relevancia. Un miembro del segundo orden no debía aspirar de manera legítima a nada que estuviese por encima de eso, y Vitaliano continuaba sirviendo al régimen con diligencia. Los innumerables pleitos que lo aguardaban ese día, como casi todos los días, sólo eran el comienzo.

Le había resultado difícil mantener el orden en Roma teniendo a la mayoría de los pretorianos destinados a

acompañar al ejército de campaña. El millar de hombres restantes no bastaba para dispersar las multitudes que se ocasionaban a raíz de ciertos arrestos, o para disgregar las aglomeraciones que ocupaban los templos cuyos tesoros tenían que requisar para ayudar a sufragar la guerra. Si pudiera dictar órdenes también a los seis mil hombres de las cohortes urbanas, iría en pro de la eficiencia, pero eso no iba a suceder nunca. El primero de los emperadores, el mismísimo Augusto, había dividido el mando de las tropas emplazadas en Roma. Un prefecto surgido del orden ecuestre dirigía a los pretorianos, mientras que el prefecto de la ciudad, del orden senatorial, controlaba las cohortes urbanas. Estos oficiales se vigilaban mutuamente, y el emperador podía estar tranquilo y seguro de que ningún individuo podría hacerse con la Ciudad Eterna, al menos sin que se produjese un conflicto armado. Sin duda, las cosas habían ido a mejor una vez que Sabino sustituyó a Pupieno como prefecto de la ciudad. Quizá las cohortes urbanas y los pretorianos no se tuvieran demasiada estima, pero, bajo un liderazgo firme, unidos, podían contener a la turbulenta plebe urbana. Maximino había ejercido la mano dura en la ciudad, pero la guerra en el norte exigía sacrificios, y por ahora el emperador no había liquidado a quienes le servían con lealtad. La seguridad de uno residía en una obediencia diligente, fueras del orden que fueses. Tres o cuatro años más, y Vitaliano podría retirarse de la palestra.

El chillido de una gaviota llevó al prefecto de regreso a sus alrededores. El cielo clareaba. Era el momento de coger las riendas. Se ajustó el cinto de la espada, el más que visible símbolo de su cargo, se remangó la túnica y

subió los escalones hasta el lugar donde esperaban su secretario y dos pretorianos. Echaron a andar juntos para atravesar las entrañas del palacio.

Aparte de unos pocos guardias y sirvientes, no había nadie en la sala principal de audiencias del imperio. El eco de aquel espacio casi vacío revelaba sus proporciones sobrehumanas. Tres alturas de columnas se elevaban treinta metros hasta un punto donde las grandes vigas de cedro que soportaban la amplia extensión del techo se perdían en la oscuridad. En el extremo más apartado del salón, una luz cada vez más intensa trazaba el contorno de la puerta monumental por la que se asomaría un emperador ante la aglomeración de sus súbditos, que se agolparían más abajo, en el patio delantero del palacio. En el lado opuesto de la abertura, una estatua sedente de Maximino ocupaba el ábside donde se aposentaría el gobernante de carne y hueso, entronado, para recibir a senadores y solicitantes agraciados en caso de que alguna vez regresara a Roma. A lo largo de las paredes, desde sus hornacinas, los dioses de mármol bajaban la mirada hacia su inquebrantable colega.

Vitaliano realizó el acto de la veneración, humilló la cabeza y lanzó un beso desde las yemas de los dedos. De repente, se preguntó cómo sería recibir a la corte en aquella sala, ser objeto de reverencias en lugar de ser tú quien inclinase la testa, ser el señor de todo cuanto alcanzabas a contemplar. Eran dos los emperadores que habían salido del orden ecuestre. De niño, Maximino había sido pastor de cabras. La mente de Vitaliano se retrajo asustada. El simple hecho de albergar aquellos pensamientos ya era traición. Una palabra o un gesto en un descuido, algo que mascullas dormido, cualquiera de

aquellas cosas podía servir para incriminarte. A partir de ahí, los eventos seguirían su curso; un carromato hacia el norte, las tenazas y las úngulas de hierro en unas manos expertas hasta que suplicabas recibir la espada del verdugo. Tu cabeza en una pica. Los cuervos dándose un festín con tus ojos. Se enderezó y marchó con paso decidido hacia la puerta que daba a la basílica vecina.

Cesó el murmullo de la conversación en cuanto él entró. Ya habían dado acceso al primero de los solicitantes. Esta sala era más pequeña. Las dos hileras idénticas de la columnata corintia que recorrían las largas paredes invadían aún más el espacio del suelo. Entre los que esperaban, vio a Timesteo.

Al avanzar junto a la hilera de columnas más cercana, a Vitaliano le vino su caso a la cabeza. El grieguecillo estaba inmerso en una disputa privada por una herencia. Timesteo era el máximo responsable de la anona —el suministro de grano—; su oponente era uno de los líderes del Senado. En una situación de igualdad, nadie querría enemistarse con ninguno de los dos, pero la situación no era de igualdad. Timesteo contaba con un enemigo acérrimo en Domicio, el prefecto del campamento imperial, y este último era uno de los pocos protectores que Vitaliano tenía cerca del emperador. Y existía una animosidad personal entre ellos: tres años antes, en el *consilium*, delante de todos los consejeros del emperador, Timesteo se opuso al nombramiento de Vitaliano como gobernador de Mauritania Cesariense. El *graeculus* tenía que estar desesperado para buscar su ayuda ahora. Y la desesperación no le haría ningún bien.

Un centurión de los pretorianos dio un paso al frente cuando Vitaliano se acercó al ábside donde se encontraba la tribuna.

—Han llegado unos soldados del norte, prefecto. Los despachos llevan el sello imperial. El oficial al mando dice que tiene un mensaje privado de la mayor importancia, del propio Maximino Augusto. Se refiere a la seguridad de la *res publica*. Están esperando fuera, en el pórtico.

Vitaliano asintió.

—Diles que les daré audiencia en un instante. —Ascendió a la tarima elevada, y se colocó de cara a la sala—. Disculpadme, el tribunal postergará su sesión. Han llegado órdenes del nobilísimo augusto.

A pesar de su cortesía, se hallaba ante la mirada de un mar de rostros inquietos. Todos ellos sabían tan bien como él lo que significaba aquello: más arrestos, más hombres conducidos al norte de forma apresurada y bien custodiados, para que nadie volviese a verlos jamás. Podría ser cualquiera de ellos. El *graeculus* Timesteo, su oponente senatorial y cada uno de los hombres en la sala harían examen de conciencia y tratarían de recordar toda conversación reciente, por trivial que fuese. Y no temerían sólo por sí mismos. Todos conocían las terribles repercusiones para la familia de las víctimas: el tajo del verdugo o, en el mejor de los casos, el destierro, la confiscación y la mayor miseria.

En el exterior, el sol ya había salido. La luz destelló en el revestimiento de las paredes, pulido en extremo. El temor y la traición no eran nada nuevo en Roma. Mucho tiempo atrás, el emperador Domiciano había hecho llevar desde la lejana Capadocia aquella piedra blanca y espejada. Como todos los emperadores, deseaba saber qué sucedía a sus espaldas.

Dos soldados estaban hablando con el centurión y

con los cuatro guardias pretorianos junto a las puertas de la entrada trasera de la basílica. Guardaron silencio y se pusieron firmes en cuanto vieron a Vitaliano. El centurión señaló el espacio abierto con un gesto, hacia un lugar más allá del pórtico.

Un oficial se encontraba de pie junto a la fuente central. Le daba la espalda a Vitaliano, y parecía estar estudiando el modo en que discurrían las aguas por la isla que representaba Sicilia y le daba su nombre a aquel patio. Ante el sonido de los pasos, el oficial se dio la vuelta. Era joven, de unos veinticinco años quizá, de cabello oscuro y bien parecido. Le resultaba familiar, pero Vitaliano no era capaz de ubicarlo.

—Prefecto —le saludó el joven oficial.

De cerca, estaba pálido y parecía cansado. Llevaba la túnica sucia del camino. Entre los adornos de su cinto militar había un *memento mori*: una calavera de plata. Le entregó el despacho.

Vitaliano recibió en sus manos el díptico y le dio la vuelta: marfil y oro, torpemente sellado en púrpura imperial con el águila de los césares. Rompió el sello, abrió la tablilla abisagrada y leyó.

Cayo Julio Vero Maximino Imperator a Publio Elio Vitaliano, nuestro más amado y leal prefecto del pretorio. Marchábamos contra los sármatas cuando recibimos con gran pesar la noticia de otra conspiración más. La eminencia de los traidores nos impide escribir sus nombres. El portador de estas letras te revelará su identidad. Ahora te ruego que, con el mismo espíritu con que fuiste elegido como prefecto y has desempeñado tus deberes, no escatimes esfuerzo ninguno en aprehender a esos malhechores de

mente retorcida y nos los envíes, de forma que, con una meticolosa investigación, podamos averiguar cuán lejos han extendido el veneno de su sacrilegio.

Nuestro hijo Vero Máximo César te envía sus saludos, y su esposa Junia Fadila también os saluda a ti y a tu mujer. A vuestras hijas les enviaremos un presente a la altura de su virtud y de la tuya propia. Te conminamos a mantener las tropas de la ciudad fieles a la *res publica* y a nuestra persona, mi más leal, más querido y afectuoso amigo.

Bajo la fina mano del secretario imperial figuraba un burdo garabato: MAXIMINO AUGUSTO.

—¿Quién? —dijo Vitaliano.

El oficial sonrió de manera inesperada.

—El prefecto de la ciudad, Sabino, y sólo es el primero.

Vitaliano alzó la mirada de golpe. El reflejo de un movimiento en la pared de enfrente le llamó la atención. Se dio la vuelta. Los dos soldados habían desenvainado las espadas.

El susurro del acero. Vitaliano dejó caer el díptico y extrajo de la vaina su propia espada.

—¡Guardias! —En pleno grito, se dio la vuelta de nuevo y contuvo un tajo que le iba directo a la cabeza—. ¡Guardias! —Desvió una estocada.

Oyó unos pasos acelerados y se arriesgó a girar la cabeza y a mirar sobre el hombro. Los dos soldados se le echarían encima en un instante. El centurión y los pretorianos no se habían movido.

Un dolor abrasador en el brazo derecho le hizo saber que acababa de pagar su falta de atención. Se las arregló para desviar otro golpe.

—¿Por qué?

El joven oficial no dijo nada.

—Lo he hecho todo. Jamás le he traicionado.

Vitaliano sintió el corte del acero en el muslo izquierdo, por detrás. Se tambaleó. La sangre caliente por la pierna.

—¿Por qué?

Otro corte en la pierna izquierda, y se vino abajo. Desprendida su arma de la mano, se acurrucó en el suelo cubriéndose la cabeza con un brazo y con la otra palma extendida en un gesto de súplica. ¿Qué iba a ser de sus hijas? Eran unas niñas, vírgenes. Era ilícito ejecutar a las vírgenes. Dioses, no; el destino de los hijos de Sezano, no. Por los dioses, ¡no!

Uno de los soldados se dispuso a acabar con él.

—Espera.

Vitaliano elevó la mirada entre los dedos, hacia el que estaba hablando.

—La responsabilidad es mía.

El joven oficial le dio la vuelta para colocarlo boca arriba, le puso la bota en el pecho y la punta de la espada en el cuello.

Vitaliano le miró a los ojos.

—Perdonad a mi descendencia. Por favor, perdonadles la vida a mis hijas.

—Sí —dijo el oficial, y empujó la espada.